

CAPÍTULO VII

Esau y Jacob

Isaac tenia cien años y Esau cuarenta, cuando este, sin consultar, á lo que parece, ni á su padre ni á su madre, tomó dos mujeres: á Judith, hija de Beerí Heteo, y á Basemath, hija de Elon, del mismo lugar. Ambas á dos tenian desazonado el ánimo de Isaac y de Rebeca (1).

Ahora bien: Isaac envejeció y se le oscurecieron los ojos de tal manera, que no podia ver. Llamó, pues, á Esau, su hijo primogénito, y díjole: «Ves que he envejecido y no sé el día de mi muerte. Toma tus armas, la aljava y el arco, y sal fuera, y cuando hubieres cazado alguna cosa, hazme de ella un guisado como sabes que es de mi gusto, y tráemelo para que lo coma, y te bendiga mi ánima antes que muera.»

Habiendo oido esto Rebeca, y salido Esau al campo para cumplir el mandamiento de su padre, dijo á Jacob su hijo: «He oido á tu padre que hablaba con Esau tu hermano, y que le decia: Tráeme de tu caza y guisamela para que coma y te bendiga delante del Señor antes que muera. Ahora bien, hijo mio: condesciende á mis consejos, y yendo al ganado, tráeme dos cabritos de los mejores, para hacer con ellos á tu padre las viandas que come con gusto; y cuando las introdujeres y él haya comido, te bendiga antes que muera.» Jacob respondió á Rebeca su madre: «Sabes que Esau, mi hermano, es hombre bello y yo lampiño; si mi padre me palpase y lo conociere, temo no crea que yo me he querido burlar de él y que sobre mí atraiga yo maldicion en lugar de bendicion.» Su madre le dijo: «Sobre mí sea esa maldicion, hijo mio; oye solamente mi voz, y

(1) Gén., 26.

ve á traerme lo que he dicho.» Se fué pues, y lo trajo á su madre, que hizo el guisado como sabia que gustaba á su padre. Despues vistió á Jacob con los más preciosos vestidos de Esau, que tenia en casa. Y le rodeó las pieles de los cabritos á las manos, y le cubrió lo desnudo del cuello. Despues dió á Jacob su hijo el guisado, y le entregó los panes que habia cocido.

Sin duda que nada nos obliga á aprobar todo lo que han dicho ó hecho los patriarcas. No eran más perfectos que los apóstoles, en cuyas epístolas leemos: «Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos á nosotros mismos (1). Mas tambien, lo que puede ser disculpado, no debemos condenarlo temerariamente. Esta regla hay que seguir cuando se trata de juzgar la conducta de Rebeca y de Jacob. Rebeca sabia, por revelacion divina, que el más jóven de sus hijos debia llevar la bendicion, y su hermano estarle sometido. El mismo Esau habia dado su consentimiento vendiendo su derecho de primogenitura. Por consecuencia de este contrato, del cual Esau no tuvo la idea de arrepentirse cuando lo verificó, Jacob era de derecho el primogénito de la familia, el legítimo heredero del poder y de la bendicion paternal. Podia, en este sentido, decir á su padre con verdad: «Yo soy Esau, tu primogénito.» Su madre podia tomar medidas para hacerle obtener de hecho la bendicion privilegiada que le pertenecia de derecho. Hé aquí lo que no es necesario perder de vista, si se quiere ser justo con la madre y el hijo.

Jacob llevó, pues, todo ante Isaac, y le dijo: «Padre mio: ¡Héme aquí!» Respondió el an-

(1) 1 Joan., 1.



ciano: «¿Quién eres tú, hijo mio?» «Soy Esau, tu primogénito, respondió Jacob; he hecho lo que me has mandado; levántate, siéntate y come de mi caza, para que me bendiga tu ánima.» «¿Cómo, dijo el padre, has podido encontrar tan pronto alguna cosa, hijo mio?» «Fué voluntad de Dios, que luego se me pusiese delante lo que queria.» Isaac continuó: «Aproxímate, hijo mio, para palpate y reconocer si tú eres mi hijo Esau ó no.» Jacob, pues, se llegó á su padre, y habiéndole palpado, dijo Isaac: «Esta voz es la voz de Jacob, mas las manos son de Esau.» Y no le conoció, porque las manos bellas se parecian á las del mayor. Para bendecirle, dijo: «¿Eres tú mi hijo Esau?» «Yo soy.» El padre añadió: «Tráeme las viandas de tu caza, hijo mio, para que te bendiga mi ánima.» Y habiéndoselas presentado y comido él, le sirvió tambien vino, que bebió. Isaac su padre dijo en seguida: «Llégate á mí y dáme un beso, hijo mio.» Se aproximó, pues, y le besó. Y luego que Isaac percibió la fragancia de sus vestidos, bendiciéndole, dijo: «Hé aquí el olor de mi hijo como el olor de un campo lleno de flores que bendijo el Señor. Dios te dé el rocío del cielo, y de la grosura de la tierra abundancia de trigo y de vino. Y sirvante los pueblos, y adórente las tribus; sé señor de tus hermanos, é inclínense delante de tí los hijos de tu madre. El que te maldijere, maldito sea él, y el que te bendijere, colmado sea de bendiciones.»

Apenas Isaac habia acabado de decir estas palabras y de salir fuera Jacob, llegó Esau é introdujo á su padre las viandas cocidas de su caza, diciendo: «Levántate, padre mio, y come de la caza de tu hijo para que me bendiga tu ánima.» Isaac le dijo: «¿Pues quién eres tú?» El cual respondió: «Yo soy tu hijo primogénito Esau.» Maravillado Isaac y poseido de un increíble estupor, dijo: «¿Pues quién es aquel que poco há me ha traído de la caza que cogió, y he comido de todo antes que tú vinieras? y le bendije y será bendito.» Cuando oyó Esau las palabras de su padre, dió grandes gritos, y consternado dijo: «Dáme tambien á mí tu bendicion, padre mio.» Este replicó: «Vino tu hermano fraudulentamente y recibió tu bendi-

cion.» El respondió: «¿No has guardado tambien bendicion para mí?» Isaac respondió: «Le he constituido señor tuyo, y he sometido todos sus hermanos á su servidumbre; de trigo y de vino le he fortalecido; despues de esto, hijo mio, ¿qué podré hacerte á tí? Esau insistió diciendo: «¿Pues qué, no tienes, padre mio, sino una sola bendicion? Ruégote que me bendigas tambien á mí.» Y como llorase con grandes alaridos, Isaac, conmovido, le dijo entonces: «Tu habitacion estará fuera de los lugares en donde se halla la grasa de la tierra y el rocío del cielo (1); pero vivirás por tu espada y servirás á tu hermano, y llegará un tiempo en que sacudas y quites su yugo de tu cerviz (2).»

Que no haya, pues, entre vosotros, dice á este propósito San Pablo, ningun fornicario ó profano, como Esau, el cual por una vianda vendió su primogenitura; pues sabed que deseando él despues heredar la bendicion fué desechado, porque no halló lugar de arrepentimiento, aunque lo solicitó con lágrimas (3).

Dios habia dicho á Rebeca: el primogénito estará sometido al más jóven. Esau, desdeñando su primogenitura y vendiéndola por un plato de lentejas, comienza él mismo el cumplimiento de la prediccion. Isaac, que le interesa más, confirma sin embargo la bendicion privilegiada que ha dado á Jacob sin saberlo. Todo, pues, se cumplirá. Los idumeos, descendientes de Esau, serán sometidos á los descendientes de Jacob, á los reyes de Judá, desde David hasta Joram, hijo de Josafat; entonces sacudirán su yugo y vivirán independientes seis ó siete siglos, despues de los cuales serán sometidos de nuevo por los macabeos. La herencia de Jacob será una tierra abundante en leche y miel; la herencia de Esau, montañas estériles. La espada, hé aquí su lote (4).

Todo esto se cumplirá de una manera más elevada. En Isaac, sobreviviendo á su sacrificio y casándose despues con Rebeca, hemos reco-

(1) Tal puede ser el sentido del hebreo y del griego; se enlaza más naturalmente con lo que se dice en otra parte de la herencia de Esau.

(2) Gén., 27.

(3) Hebr., 12, 16-17.

(4) Malach., 1



nocido á Jesucristo, sobreviviendo á su muerte y desposándose despues con la Iglesia que le es traída por Pedro y los demás apóstoles. Esta Iglesia, hecha fecunda en virtud de los méritos y de la súplica de su divino Esposo, siente luego dos gemelos, el judío y el gentil, pelearse en sus entrañas. Ella no se inquietará; cada uno quiere dominar al otro; en el seno mismo de la Iglesia, el judío quiere someter á su ley al gentil, que la rehusa; Cristo ama al primogénito, al judío; á pesar de todos sus vicios, á él es á quien reserva la bendicion; no predica más que á la casa de Israel, no sale de la Judea. La Iglesia, su esposa, ama al segundo, más pacífico y más dócil. Sabe, por otra parte, que á él es á quien Dios reserva la superioridad. Además, el primogénito desdena el derecho de su primogenitura; el judío arroja la palabra que se le dirige de preferencia; pasa luego al gentil, que ocupa el lugar del judío. Jesucristo, al fin de sus dias, suspira por no poder dar la bendicion á su pueblo primogénito. ¡Jerusalen! ¡Jerusalen! ¡Cuántas veces quise allegar tus hijos! ¡Ah! ¡Si tú conocieses al que en este dia puede procurarte la paz (1)! Entonces el pueblo gentil, engendrado por la Iglesia casi al mismo tiempo, se presenta revestido por ella con los vestidos de su primogénito, con todas las prerrogativas de la antigua ley; el Señor le adopta, le abraza, le bendice por su pueblo, que hasta entonces no lo era. El judío, despertado por la caída de su templo, por calamidades sin número, viene despues á su vez á reclamar la bendicion; pero sabe que le ha sido dada al segundo. Entonces ruga de desesperación, jura la muerte del cristianismo; la bendicion es irrevocable: el primogénito servirá al más joven, el judío servirá al cristiano, llevando á todos los lugares de la tierra los títulos auténticos de su comun origen. Al fin, sin embargo, tomará parte en la comun restauracion, y se reconciliará con su hermano.

Vamos á ver la figura de estos últimos sucesos, en los que han de seguir.

(1) Math., 23, 37. Luc., 19, 42.

Esaú aborreció siempre á Jacob por la bendicion con que su padre le habia bendecido; y dijo en su corazon: «Vendrán los dias de luto de mi padre, y mataré entonces á mi hermano Jacob.» Dieron aviso de esto á Rebeca, la que enviando á llamar á Jacob, le dijo: «Mira que Esaú tu hermano está amenazando matarte. Ahora pues, hijo mio, oye mi voz, y sin perder tiempo huye á casa de Laban, mi hermano, á Harán; y morarás con él algunos dias, hasta que se sosiegue el furor de tu hermano, y cese su indignacion, y se olvide de lo que has hecho; despues enviaré, y haré que de allí te traigan. ¿Por qué he de perder á mis dos hijos en un dia?» Ella dijo estas últimas palabras, porque, segun la ley que Dios estableció despues del diluvio, todo homicida era condenado á muerte.

Luego dijo Rebeca á Isaac: «Fastidiada estoy de vivir á causa de las hijas de Heth; si Jacob tomase mujer de linaje de las de esta tierra, no quiero vivir (1).» Isaac, pues, llamó á Jacob; le bendijo y le dió este mandato: «No tomes mujer de la casta de Canaam, mas ve y pasa á la Mesopotamia de Siria, á casa de Bathuel, padre de tu madre, y tómate de allí mujer de las hijas de Laban tu tio materno, y el Dios Omnipotente te bendiga, te haga crecer y te multiplique, para que seas caudillo de muchos pueblos, y te dé las bendiciones de Abraham, y á tu posteridad despues de tí; para que heredes la tierra de tu peregrinacion que prometió á tu abuelo.

Mas Esaú, viendo que su padre habia bendecido á Jacob y le habia enviado á Mesopotamia de Siria para que de allí tomase mujer de la familia de su madre, viendo por experiencia tambien que su padre no miraba con agrado á las hijas de Canaam, y para captarse con esto mejor su voluntad tomando una mujer de su familia, fué hácia Ismael, y además de las mujeres que ya tenia, tomó á Maheleth, hija de Ismael, hijo de Abraham, hermana de Navayoth.

(1) Gén., 27.

CAPÍTULO VIII

La vision de Jacob

En cuanto á Jacob, partió de Bersabée, y prosiguió su camino hácia Harán. Habiendo llegado á un cierto lugar, y queriendo reposar en él despues de puesto el sol, tomó una de las piedras que habia en tierra, y poniéndola por cabecera, durmió en el mismo lugar. Y vió en sueños una escala, cuyo pié estaba sobre la tierra y su remate tocaba en el cielo, y tambien ángeles de Dios que bajaban y se subian por ella; y al Señor apoyado sobre la escala, que le decia: «Yo soy el Señor Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac. La tierra en que duermes la daré á tí y á tu posteridad. Y tu posteridad será como el polvo de la tierra, y será multiplicada en Oriente y en Occidente, al Septentrion y al Mediodía; y todas las tribus de la tierra serán benditas en tí y en tu posteridad. Y yo seré tu guarda adonde quiera que vayas, y te volveré á esta tierra, y no te dejaré hasta haber cumplido todo lo que he dicho.

El que hubiera visto á Jacob durmiendo solo sobre una piedra, en un campo, en medio de la noche, le hubiera compadecido sin duda como á un desgraciado abandonado. Pero ¡cuán dichoso era en este abandono! Él dormia, mas su corazon velaba. Ningun hombre estaba con él; ¿y qué necesidad tenia de los hombres, cuando le rodeaban los ángeles? Y además de estos, Dios estaba presente, asegurándole su proteccion y revelándole en el porvenir las más grandes maravillas. ¿Qué significa, en efecto, esta escala misteriosa, partiendo de él hasta Jehová, y uniendo así la tierra al cielo? ¿No es la union de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en el que es á la vez hijo de Dios é hijo de Jacob, que en su persona recon-

cilió el cielo y la tierra, y por quien nuestros padres suben hasta Dios y las gracias de Dios descienden hasta nosotros? ¿Cristo mismo, no ha dicho que es el camino por el cual únicamente se puede ir á su Padre (1)? ¿No hizo alusion á esta vision de Jacob cuando dijo á sus apóstoles: «Vereis los cielos abiertos y los ángeles de Dios que subirán y descenderán sobre el Hijo de Dios (2)?» Comprendemos, sin embargo, el santo terror del patriarca.

Luego que Jacob despertó del sueño, dijo: «Verdaderamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabia.» Lleno de pavor, dijo además: «¡Cuán imponente es este lugar! No hay aqui otra cosa sino casa de Dios y puerta del cielo.» Levantándose, pues, Jacob de mañana, tomó la piedra que se habia puesto por cabecera, la erigió como un monumento, derramando aceite sobre ella. Y llamó Betel á la ciudad que antes se llamaba Luza. Hizo además un voto, diciendo: «Si fuere Dios conmigo y me guardare en el camino, por el que yo ando, y me diere pan para comer y vestido para vestir, y volviere felizmente á casa de mi padre, Jehová será mi Dios; y esta piedra que he alzado como un monumento será llamada Casa de Dios, y de todo lo que me dieres te ofreceré el diezmo (3).»

El nombre de Betel, en hebreo Bait-el, dado por Jacob á la piedra que untó con aceite y que erigió en forma de columna ó estatua antigua, significa literalmente Casa de Dios. Los autores griegos y latinos de la antigüedad pagana, sin saber por qué, dan el nombre de

(1) Joan., 16, 7.

(2) Joan., 451.

(3) Gén., 28.